

EL RETORNO DE DANIEL ORTEGA

Sofía Montenegro
12 de Enero 2007

El 10 de enero pasado Daniel Ortega, secretario general del Frente Sandinista de Liberación Nacional asumió la presidencia de Nicaragua, después de 16 años de espera, tras ser derrotado en las urnas en 1990 por Violeta Barrios de Chamorro.

A la toma de posesión de Ortega se presentaron 15 mandatarios extranjeros, incluyendo al príncipe de Asturias, aunque las figuras más notorias fueron las de los Presidentes Hugo Chávez, de Venezuela y Evo Morales, de Bolivia. Chávez, quién ese mismo día también tomó posesión de su cargo y anunció el arranque del “socialismo en Venezuela”, pospuso sus propias celebraciones en Caracas para estar presente en la de Ortega y para firmar el ingreso de Nicaragua al ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas).

Para muchos, dentro y fuera de Nicaragua, el retorno al poder del Frente Sandinista con Daniel Ortega a la cabeza, es el triunfo de las reivindicaciones populares y la derrota del neoliberalismo, que se inscribe en el desplazamiento de América Latina hacia gobiernos de izquierda. Sin embargo, las cosas no son tan simples. La realidad indica que se trata del triunfo del jefe de una fuerza política domesticada y férreamente controlada por Daniel Ortega y su círculo familiar y de allegados. El FSLN de hoy es un partido privatizado, que combina el más rancio conservadurismo político con la retórica populista. Tanto Ortega como la cúpula del FSLN son una sociedad de interés mutuo con inversiones en la política y los negocios y cuya trayectoria en la última década ha significado grandes costos para la democratización e institucionalidad del país.

El Comandante Ortega hace años dejó de ser un candidato de consenso dentro del FSLN y para las últimas elecciones fue abiertamente desafiado por el desaparecido exalcalde de Managua, Herty Lewites y un grupo de dirigentes históricos del sandinismo, pero Ortega se impuso como candidato gracias al control del partido y a la expulsión de quienes le cuestionaban. Lewites lanzó entonces una alternativa electoral de centro-izquierda: Alianza Movimiento Renovador Sandinista (MRS) que compitió en las elecciones, pese a que Lewites, su candidato presidencial, murió de un infarto en el inicio de la campaña electoral. Esta iniciativa dejó colocada a la Alianza MRS como una fuerza emergente de izquierda con representación en la Asamblea Nacional.

Ortega ganó sólo con sus fuerzas más fieles sin crecer significativamente en votos en el marco de una ley electoral hecha a la medida, pues sólo obtuvo el 38.07% que representa una mayoría relativa, pues el 62% no votó por él. Esta ley electoral, que es en realidad lo que le permitió el triunfo a Ortega, fue negociada a través de un pacto político en el año 2000 con su adversario del Partido Liberal, el expresidente Arnoldo Alemán, por medio del cual ambos caudillos se repartieron los poderes del Estado, establecieron el bipartidismo y acordaron la alternancia en el poder. Alemán, condenado en diciembre del 2003 a 20 años de prisión por lavado de dinero, fraude,

malversación de caudales públicos, asociación para delinquir y delito electoral en perjuicio del Estado, asistió a la toma de posesión como invitado especial de Daniel Ortega, ante el estupor nacional y de las delegaciones internacionales. El corrupto caudillo liberal goza del beneficio legal de Régimen de Convivencia Familiar desde julio de 2005 otorgado por un poder judicial controlado por Ortega.

Así pues, el FSLN —a diferencia de otras fuerzas políticas de izquierda en América Latina— es un partido que llega al gobierno con el respaldo de un tercio del electorado, combinando una red organizativa controlada, con intereses económicos enraizados en el modelo económico neoliberal del que verbalmente abjura y “reconciliado” con sectores religiosos fundamentalistas, grandes empresarios y los más notorios líderes de la contrarrevolución. Tanto así, que un oscuro personaje considerado “ideólogo” de la contrarrevolución, “padrino” de Alemán y hombre de la CIA, Jaime Morales Carazo, fue escogido por Ortega como su compañero de fórmula y es hoy el vicepresidente de la República.

Desde 1990 hasta ahora, la evolución de la identidad, el discurso y la práctica política del FSLN revela situaciones cuestionables. Como partido histórico ha sido hábil para mantenerse y fortalecerse como estructura. Su éxito fundamental se basa en haber aplicado una táctica de negociación con la derecha en la que obtuvo cuotas de poder mientras entregaba a cambio la estabilidad política y el control social que necesitaban los gobiernos de derecha para realizar las reformas económicas. Esas cuotas de poder lo preservaron como fuerza política y le han compensado con creces sus sucesivas derrotas electorales, permitiéndole mantener la fidelidad de una buena parte de su militancia y crear un sistema de cooptación a través del control de cierto cargo en el Estado.

Como partido de izquierda ha tenido prácticamente una involución: durante los últimos años ha sufrido una progresiva salida de militantes de base y cuadros connotados que ha debilitado su renovación y la de sus organizaciones sociales afines, ha dado muestras de intolerancia a la disidencia y ha incorporado muy poco del debate político internacional en su seno. El FSLN no propone proyecto político alguno y a pesar de su fuerza, no ha querido influir en ningún aspecto estratégico para el rumbo económico y social del país. Su práctica ha reproducido una cultura política tradicional y autoritaria, con el agregado de la corrupción y el prebendismo. Aún más, junto con la derecha, ha contribuido a fragilizar la institucionalidad del país y gobernado de facto a través de un férreo control sobre la institucionalidad. Mantiene una cierta identidad de izquierda, a fin de preservar a su base social, pero la estructura de poder desarrolla sus propios intereses a través de un pragmatismo conservador y oportunista, que lo acerca a sus adversarios y los hace corresponsable del esquema político y económico actual, en sus rasgos más perversos como son la exclusión, el autoritarismo y los valores tradicionales.

Esto es lo que le ha permitido a Daniel Ortega tener una enorme influencia, sino control, del Poder Judicial y de los jueces, del Poder Electoral y sus magistrados, de la Contraloría y de la mayoría de la Asamblea Nacional, además de controlar 80 de las 153 alcaldías del país. Si este era el significado de “gobernar desde abajo”, la pregunta

obligada es cómo será ahora que también va a “gobernar desde arriba”, en tanto asume la conducción del Poder Ejecutivo. Se trata pues de un poder formidable que puede disponerse en función de un Estado Social de Derecho, como lo establece la Constitución de la República y a favor de la igualdad, la democracia y la justicia social, o seguir en más de lo mismo en la senda de una dictadura “legalizada” y un poder arbitrario.

Con excepción de sus más leales partidarios a lo interno del país y los sectores más obtusos o desinformados de la izquierda internacional que creen que el retorno de Ortega es un vuelco progresista, los ciudadanos nicaragüenses de los más diversos signos políticos tienen un justificado temor y escepticismo sobre lo que se puede esperar del gobierno de Ortega y del FSLN. Es previsible que habrá populismo, corrupción y arbitrariedad, acompañada de una estética kitsch que impondrá la ahora todopoderosa esposa de Ortega, Rosario Murillo. La también vocera del FSLN acaba de ser nombrada Coordinadora del Consejo de Comunicación y Ciudadanía en calidad de delegada de la Presidencia, pese a que la Constitución prohíbe nombramientos de personas cuya relación sea del cuarto grado de consanguinidad y segundo de afinidad con la autoridad que hace la elección.

Murillo, considerada el verdadero poder “detrás del trono”, ha sido la artífice del concordato de facto que el FSLN ha establecido con la jerarquía católica, por medio del cual el FSLN le devuelve privilegios y asume la agenda religiosa, a cambio del respaldo político de la iglesia. La “compañera Rosario” a como se le llama en los círculos del FSLN, es célebre por haber dado su respaldo a Ortega en contra de la acusación de incesto y violación hecha por su hija, Zoilamérica Narváez. El origen de su actual poder y ascenso, está en el pago obligado a Ortega por este apoyo. De igual manera, que la iglesia se hiciera de la vista gorda ante el escándalo descartándolo como “un asunto de familia”, es uno de los factores de la súbita “reconversión” cristiana de la pareja de Ortega, quien ha sido conocida por su proclividad a los ritos animistas y new age. Un paso antecedente en esta reconversión fue el matrimonio religioso oficiado por el Cardenal Miguel Obando y Bravo en el 2005.

El siguiente paso fue en agosto del 2006, cuando al inicio de la campaña electoral, Murillo anunció: “Nosotros, precisamente porque tenemos fe, tenemos religión; porque somos creyentes, porque amamos a Dios sobre todas las cosas, es que hemos sido capaces de sobrellevar tantas tormentas, ¡sin inmutarnos! (...) El Frente, la Unidad Nicaragua Triunfa dice: *“No al aborto, sí a la vida!”* Nuestros candidatos, nuestros líderes, nuestros Alcaldes, nuestros Diputados... nuestra Bancada va a emitir un pronunciamiento el día de hoy. Somos enfáticos: *“No al aborto, sí a la vida!”* Sí a las creencias religiosas; sí a la fe; sí a la búsqueda de Dios, que es lo que nos fortalece todos los días para reemprender el camino...”

El 26 de octubre, días antes de las elecciones generales, los votos mayoritarios del FSLN aseguraron en la Asamblea Nacional la derogación del aborto para salvar la vida de las mujeres, un derecho establecido desde hacía más de 130 años. Las apelaciones hechas por el movimiento de mujeres, médicos, jóvenes, académicos y organismos internacionales así como por la cooperación al desarrollo, fueron absolutamente

desdeñados. Con ello Nicaragua, jurídica y políticamente, retrocedió a la pre-modernidad.

De todos los actores sociales que han expresado públicamente sus advertencias en torno al poder autoritario y reaccionario del FSLN, es el Movimiento Autónomo de Mujeres (MAM) quien se ha declarado en la oposición. Para el MAM, que ha dado su respaldo a la hijastra de Ortega en su denuncia y demanda por justicia, el retorno de Ortega representa una vergüenza para el país, un escarnio para las víctimas y un símbolo de la impunidad reinante. El movimiento se dispone ahora a denunciar al Estado y gobierno de Nicaragua como violador de los derechos humanos de las mujeres por despojarlas al derecho a la propia vida y se prepara para soportar las embestidas del “nuevo” régimen, junto a otros actores como el Movimiento Renovador Sandinista, que ha respaldado plenamente la lucha de las mujeres por sus derechos.

De manera que los desafíos que hay para Ortega y el FSLN por un lado, y para la sociedad civil por el otro, son enormes. Ortega prometió de todo a todo mundo, y seguramente los más contradictorios intereses emergerán para cobrar cada quién su promesa. Es en este marco que cobra sentido el oxígeno económico otorgado por Hugo Chávez a Ortega, quien antes de salir para Venezuela condonó la deuda de Nicaragua por 31.8 millones de dólares, acordó el envío de 10 mil barriles de derivados del petróleo, la construcción de una refinería para el crudo venezolano, así como el envío de 32 plantas energéticas, el establecimiento de una oficina del Banco de Desarrollo Económico y Social de Venezuela para financiar a los pequeños productores y la construcción de 200 mil viviendas. Pero como se dice en las calles: “no hay almuerzo gratis”, ¿qué implicaciones políticas tendrá esta ayuda para Nicaragua? Nadie lo sabe.

Lo que sí es cierto, es que la búsqueda de legitimidad será una demanda constante para el gobierno entrante, así como enfrentar la enorme deuda social que el propio FSLN prohió con los gobiernos liberales. Autoritarismo en lo político y populismo en lo económico, es lo que se avizora en el horizonte. O para decirlo más personalmente, *si ésta es la izquierda, yo paso.*